

LA CUESTIÓN SOCIAL

2

Nueva época. Año 30, n.2, julio-diciembre 2022

Documentos, ensayos, traducciones, comentarios, entrevistas, notas bibliográficas y reseñas de libros acerca de lo social



Sección TEMÁTICA: La sinodalidad soñada: entre la realidad y la esperanza

Diego Pereira Ríos • Uruguay

"Gente puente" en la historia de la Iglesia

María Teresa Ávila Fuentes • Italia-México

Foro SOCIAL: Notas sobre la Sinodalidad

Mauricio López Oropeza • Ecuador-México

La vida religiosa frente a la violencia

José Sols Lucia • España

La filosofía del derecho en la tradición judeocristiana

Carlos Martínez Loza • México

MISCELÁNEA: Reflexiones teológico-pastorales. De la situación social de América Latina después de la pandemia

Mons. Jaime Mancera Casas

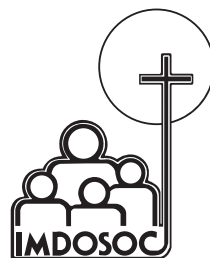
REVISTA DE PENSAMIENTO SOCIAL CRISTIANO

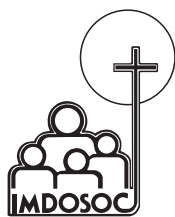


La cuestión social

Documentos, ensayos, traducciones, comentarios, entrevistas,
notas bibliográficas y reseñas de libros acerca de lo social

JULIO-DICIEMBRE DE 2022





Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana

DIRECTORIO

CONSEJO DIRECTIVO

PHV in memoriam

† Emmo. Sr. Cardenal Roger Etchegaray

PHV in memoriam

† Lorenzo Servitje Sendra

PHV in memoriam

† Salvador Domínguez Reynoso

Presidente

Constantino de Llano Marhx

Vicepresidentes

Javier Ballesteros de León

María del Pilar Mariscal Servitje

Directora

Karen Castillo Mayagoitia

Tesorero

Jesús Antonio Damián Basurto

Secretaría

María de la Paz Sáenz Sáenz

EQUIPO EDITORIAL

Editor en jefe

Gerardo Cruz González

Editora operativa

Verónica Morales

Junta editorial

Daniel Cuéllar Jasso, David Eduardo

Vilchis Carrillo, Verónica Morales

Gutiérrez, Saúl Pérez Herrera

Diseño

Alberto Nava

Corrección de estilo

Eva González Pérez

Portada: *Mosaico de Jesucristo
en el techo de la iglesia*, Cambridge,
Petr Kratochvil

La Cuestión Social es una publicación semestral editada y publicada por la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C., a través del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, con dirección en Pedro Luis Ogazón n. 56, Col. Guadalupe Inn, CP 01020, México, CDMX, Tels. 56614465, 56614169. E-mail: contacto@imdosoc.org. www.imdosoc.org. Registro de correspondencia de 2a. Clase expedido en la Dirección General de Correos Publicación Periódica. Registro No. 129-93. Certificado de Licitud de Título y Contenido 17415. No. de Reserva al Título del Derecho de Autor 04-2019-100914003900-102. Registro ISSN en trámite. Distribución directa en el IMDOSOC. Los artículos publicados reflejan el punto de vista del autor y no necesariamente el de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C. Esta edición de *La Cuestión Social* consta de 700 ejemplares y se imprimió en MG Advanced Prepress Technology, S.A. de C.V. Canal Leningrado Mz. 34 Lt. 12, Col. Insurgentes, 09750, Ciudad de México, Tel: 5690 0463, impvarel@hotmail.com. No se devuelven originales no solicitados. Distribución y suscripciones: Daria Flores Hernández, libreria@imdosoc.org. Precio del ejemplar: \$ 120.⁰⁰ Suscripción anual: \$ 220.⁰⁰

■ JOSÉ SOLS LUCIA*
■ ESPAÑA

LA VIDA RELIGIOSA FRENTE A LA VIOLENCIA

El presente texto se centra en la horrible realidad actual de la violencia, así como en la respuesta que se le puede dar desde la vida religiosa. A lo largo de mi reflexión, me referiré a dos realidades actuales muy importantes de violencia, de orden distinto: la violencia en México y la guerra de Ucrania.

De qué violencia vamos a hablar

Cuando hablamos de *violencia*, espontáneamente nos sale pensar en la “agresión física y voluntaria de una persona o colectivo a otra persona o a otro colectivo con la intención de causarle daño, incluso la muerte”. A este tipo de violencia, suele denominársele *violencia directa*. Sin embargo, en las últimas décadas se ha desarrollado mucho la idea de que también hay que considerar violencia a las estructuras socioeconómicas injustas (*violencia estructural*) —sin duda, siguiendo la tradición marxista, que se remonta al siglo XIX—, incluso a ciertas formas culturales (*violencia cultural*). He publicado mucho acerca de todo esto en los últimos veinte años, pero no expondré un resumen de mis trabajos porque ello llevaría mucho tiempo; además, saldría de los márgenes del terreno temático que nos ocupa hoy. Únicamente voy a referirme aquí a la *violencia directa*, esto es, no voy a considerar

* Teólogo español afincado en México desde 2019. Doctor en Teología por el Centre Sèvres de París y Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona. Profesor de Teología en el Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

ni la estructural, ni la psicológica, ni la cultural, aunque en algún momento pueda hacer alusión a ellas.

A priori, puede dar la impresión de que *violencia* y *vida religiosa* son experiencias humanas sin conexión entre sí; sin embargo, tienen una profunda relación en el *carácter profético* de la vida religiosa, esto es, de denuncia y de anuncio, en el horizonte del Reino de Dios, así como en aquello que la vida religiosa tiene de *fermento de la levadura* (Mt 13, 33; Lc 13, 20-21).

Dos ejemplos actuales y distintos de violencia: México y Ucrania

Como ya he señalado, tendré presente dos realidades actuales muy importantes de violencia: la violencia en México y la guerra de Ucrania.

La *violencia en México* es importante para nosotros, en primer lugar, porque es la de nuestro país, la de nuestra gente, nuestro pueblo, nuestras comunidades; y, en segundo lugar, porque es de una magnitud que no se da casi en ninguna otra nación. De todos los países del mundo que no están en guerra, México es el cuarto más violento después de la República Democrática del Congo, Colombia y Myanmar (Birmania).¹ La violencia en nuestro país es descomunal tanto por razones cuantitativas como cualitativas: *cuantitativas*, porque estamos en unos 90 homicidios al día² —en realidad son más, dado que los asesinados cuyo cuerpo no ha aparecido no son considerados estadísticamente fallecidos—, o sea, unas 40 veces más que en España, mi país de origen, aun teniendo en cuenta las diferencias de población entre ambos países; y *cualitativas*, porque las prácticas de secuestro, extorsión familiar, tortura, asesinato y ocultamiento del cuerpo troceado sin dar noticia de ello a la familia de la víctima alcanzan cuotas de crueldad difíciles de entender para la razón moral.

1 Cfr. Índice Global de Crimen Organizado 2021, acceso el 4 de marzo de 2022, globalinitiative.net

2 33 308 homicidios dolosos en 2021 (91 al día), 34 554 en 2020 (94 al día), 35 588 en 2019 (97 al día). Cfr. *El País*, 26 de enero de 2020, acceso el 13 de abril de 2021, elpais.com; Deutsche Welle, acceso el 4 de marzo de 2022, www.dw.com

Es, por tanto, la violencia mexicana de tipo *común, criminal*, pero no se trata tan sólo de bandas que van por la calle amenazando transeúntes, sino de *auténticos ejércitos de narcos con armas sumamente sofisticadas*, cuya extorsión y corrupción alcanzan a familias, empresas, partidos y administraciones públicas, y no sé si también a las iglesias.

La *violencia en Ucrania* es de otra índole: *bélica*. Se trata de la invasión de un país grande (Rusia)³ a otro más chico (Ucrania), con el triste dato de que hasta hace algunos días estos dos países eran hermanos en la antigua Unión Soviética y sus respectivas poblaciones vivían en armonía —aun sabiendo que a muchos ucranianos les disgustó estar bajo el control de la URSS—. Hemos estudiado muchas veces en Historia este tipo de invasiones y ya no deberían tener cabida en nuestro siglo XXI; parece ser un anacronismo, y de ahí que la reacción internacional haya sido de tal magnitud: boicot a empresas rusas, congelación de fondos bancarios rusos, expulsión de equipos deportivos de competiciones internacionales, y apoyo económico de la Unión Europea a Ucrania para la compra de material militar, a pesar de no ser un país miembro de la Unión, entre otras medidas. Con sus más y sus menos, Ucrania es una democracia, mientras que Rusia es una dictadura, aun cuando se vista de democracia, algo que podemos afirmar por estas tres razones, entre otras: 1) se da una censura en los medios informativos; 2) hay asesinatos o encarcelamientos de opositores al régimen, y 3) hay asesinatos o encarcelamientos de periodistas críticos con el régimen. El hecho de que en Europa un país dictatorial con arsenal nuclear haya invadido un país democrático se ha visto como una amenaza a todo el sistema democrático occidental, y por ello la reacción ha sido tan importante. No ha habido una reacción claramente bélica (todos contra Rusia) para no traer males mayores, como, por ejemplo, una guerra mundial, atómica, contra Rusia y China, dado que este último país apoya la invasión ucraniana, aun cuando no lo diga abiertamente, algo, por lo demás, típico de la hipocresía que caracteriza a menudo la diplomacia del gobierno de China.

3 Nombre oficial del país: Federación de Rusia.

Llevamos más de cinco meses de guerra: la invasión se inició el 24 de febrero. Las fuerzas ucranianas están resistiendo más de lo que esperaban los estrategas rusos; sin embargo, la victoria rusa parece inevitable, tal es la diferencia de potencial militar entre ambos países —¡ojalá me equivoque y al final se imponga el sentido común!, que sería una retirada unilateral del ejército ruso, pero parece poco probable—. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) había registrado hasta el pasado 15 de marzo, un total de 726 bajas civiles, incluidos 52 niños, y 1 174 heridos, la mayoría de ellas causadas por armas explosivas en zonas pobladas. El Estado Mayor Ucraniano habla de 13 800 bajas en el ejército ruso, pero todos sabemos que las cifras aportadas en tiempo de guerra a menudo son más propagandísticas que realistas. Lo que sí es seguro es que ya ha habido más de diez millones de ucranianos desplazados, de los cuales más de tres millones son refugiados, y se espera que esta última cantidad ascienda a cinco millones.⁴ Se trata del movimiento migratorio de refugiados más intenso de la historia de la humanidad: nunca tantas personas se habían desplazado en tan poco tiempo. Estamos, pues, ante una tragedia de proporciones descomunales. Y esto no ha hecho más que empezar.

Respuesta cristiana a la violencia

He dicho que no hablaría de la violencia estructural, y no lo haré, pero que sí la mencionaría, y lo haré. Desde hace tiempo, sabemos que *suele haber una conexión entre violencia directa y estructural*. Aquellos países donde hay mayor desigualdad suelen ser los más violentos, como México y no pocos países latinoamericanos, incluso Estados Unidos, mientras que aquellos países donde se ha cuidado más la calidad de

4 Creo que todos conocemos la diferencia entre *desplazado* y *refugiado*, pero por si hubiera alguien que la desconociera, déjenme decirles que solemos hablar de desplazados para referirnos a aquellas personas que, permaneciendo en su país, se ven obligadas a abandonar su pueblo o su ciudad de manera repentina debido a una catástrofe bélica o natural, mientras que denominamos *refugiados* a los que por ese mismo motivo se ven obligados a huir al extranjero. En cambio, decimos *emigrantes* —o inmigrantes, depende de dónde estemos al hablar de ellos— cuando la motivación para el desplazamiento no es tan inmediata: por ejemplo, la pobreza o la búsqueda de trabajo.

vida y la moderación de la desigualdad son los más pacíficos, como, por ejemplo, Canadá, los países escandinavos —Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, Islandia— e incluso algunos países centroeuropeos —Alemania, Austria, Suiza—. No obstante, la migración masiva a algunos de estos países, con el consiguiente impacto sociocultural, ha producido en los últimos años episodios de violencia yihadista, así como su reacción de extrema derecha. Está claro que no existe el paraíso en la Tierra.

Cuando la comunidad cristiana se encuentra ante una situación de violencia *directa* de proporciones mayúsculas, como es el caso de la mexicana, surge la pregunta acerca de *cómo hacer frente a esta palpable negación de la vida humana*. Creo que la respuesta debe ir en varios sentidos al mismo tiempo, no uno u otro, ni tan sólo uno después del otro, sino simultáneamente, lo que no significa que cada persona o cada grupo tenga que trabajar en todos estos momentos, que son siete, a mi modo de ver: 1) informarse acerca de lo que está ocurriendo; 2) analizar las causas profundas del conflicto; 3) ayudar a las víctimas del conflicto, incluyendo a los verdugos y sus familiares; 4) tratar de pacificar el conflicto, de minimizar su carácter cruento; 5) crear espacios simbólicos de visibilización del Reino de Dios; 6) aprender del conflicto de cara al futuro; y 7) dejar que las víctimas configuren nuestro modelo de Iglesia.

Informarse acerca de lo que está ocurriendo

Esto puede parecer una perogrullada, pero en realidad no lo es. No cabe duda de que somos la generación con mejor acceso a información de toda la historia de la humanidad. Podemos seguir en directo eventos que están aconteciendo a miles de kilómetros de distancia. Cuando se marca un gol en la final del Campeonato del Mundo de Fútbol se dan saltos de alegría o de rabia en el mismo instante en los cinco continentes, y cuando se produce un atentado terrorista, seguimos el evento en nuestros televisores, radios, computadoras o celulares también en directo, algo que no había pasado nunca en la historia de la humanidad. Sin embargo, corremos el peligro de creer que estamos informados.

La *desinformación* circula con la misma velocidad que la *información*. Nos cuenta Platón que su maestro Sócrates afirmaba que no hay mayor ignorante que aquel que cree saber y no sabe; porque el ignorante no sabe, es verdad, pero por lo menos sabe que no sabe, mientras que el que se cree sabio ni siquiera sabe que no sabe. Lo mismo ocurre con la información: *no hay mayor desinformado que el que cree estar informado sin estarlo*. Podría citar muchos ejemplos de flagrante desinformación, pero no lo haré para no detenernos en el tema.

Entonces, hay que hacer un esfuerzo para estar informados. ¿Cómo? Acudiendo a fuentes de información de calidad; diversificando esas fuentes; recurriendo a veces a aquellas que no nos gustan por razones ideológicas; escuchando y leyendo a los expertos; tratando de escuchar a los testigos directos; y renunciando a una cierta dosis de *información* para incrementar el tiempo de *reflexión*. Lamentablemente, en lugar de todo esto, solemos variar poco de medios informativos y repetir acríticamente lo que hemos escuchado en ellos.

Analizar las causas profundas del conflicto

Esto requiere tiempo, pero es importante. La violencia directa acostumbra ser la punta del iceberg de una realidad social, económica, política, cultural o incluso psicológica. Si uno se queda sólo con la punta, no se hace cargo de las dimensiones del bloque de hielo que flota en el océano. Para cobrar conciencia de ello, hay que sumergirse en la realidad, estudiarla, analizarla, leer, escuchar, escribir, echarle muchas horas, acudir a las ciencias sociales, a la filosofía social, a la antropología, a cualquier disciplina que nos ayude en esta labor. Como decía Ignacio Ellacuría —jesuita español asesinado en El Salvador en 1989, junto con sus compañeros de comunidad, la cocinera de la casa y la hija de ésta—,⁵ si no se analizan a fondo las causas de los conflictos históricos, aun cuando logremos una paz aparente, la violencia rebrotará cíclicamente.

5 Precisamente, se ha estrenado en los cines de España la película *Llegaron de noche*, de Imanol Uribe, sobre el caso jesuitas.

Ayudar a las víctimas del conflicto, incluyendo a los verdugos y a sus familiares

Como decíamos, estos momentos importantes no llevan un orden preciso, sino que conviene trabajar en todos ellos al mismo tiempo. De ahí que no podamos esperar a haber analizado concienzudamente las causas del conflicto violento para ayudar a las víctimas. Hay que hacerlo desde el primer momento, como el Buen Samaritano del Evangelio de Lucas (Lc 10, 25-37), parábola ampliamente comentada por el papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti* (capítulo segundo, “Un extraño en el camino”, FT, 2020, 56-86). Obviamente, no podemos ayudar a los ya fallecidos, más allá del hecho de honrar su memoria y sus restos; y eso si sus verdugos nos dejan, porque a veces no nos dicen ni siquiera que los han matado, con lo que nos quedamos el resto de nuestras vidas con el doloroso desgarró de la incertidumbre. Ahora bien, sí podemos ayudar a los heridos y a los familiares de las víctimas. Quiero incluir aquí a los familiares de los verdugos, que a veces son también víctimas, como cuando tienen que estar años visitándolos en la cárcel y sufriendo la vergüenza personal y social; más aún, quiero incluir a los propios verdugos, que también pueden reconocerse como víctimas en algún momento de sus vidas.

Es necesario estar cerca de ellos, dialogar con ellos durante muchas horas y tratar de ponerlos en contacto entre sí para que se conozcan, se miren a los ojos, se expliquen sus historias y se escuchen, tal como se hizo en la Comisión para la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica tras el fin del *Apartheid*, o en los encuentros de Glencree, Irlanda, entre familias vascas, sin olvidar los casos irlandés y colombiano.⁶

Además, el modo más probable de que haya arrepentimiento en el espíritu de un verdugo —algo, por lo demás, bastante complicado— es por insistencia de un familiar querido, en particular, su madre. El verdugo se fabrica un escudo protector, una máscara, pero

6 J. Sols Lucia, *Violencia y procesos de reconciliación política*, México, Universidad Iberoamericana-Imdosoc, 2018, pp. 205-212.

quienes lo conocen desde que nació tienen acceso a la persona humana que él es en su pozo interior.

Tratar de pacificar el conflicto, de minimizar su carácter cruento

Los grados de violencia de los conflictos violentos pueden ser muy diversos. Desafortunadamente, en México conocemos los peores. Mientras se procura acabar con la violencia a largo plazo, conviene tratar de que mengüe ya en el corto plazo, de que sea menos cruda, aun cuando eso no suponga llegar a su fin. No es nada fácil, pero si se ve una posibilidad, hay que agarrarse a ella como sea.

Crear espacios simbólicos de visibilización del Reino de Dios

Siempre me gusta explicar la sorpresa que me llevé cuando de joven visité Belfast,⁷ en Irlanda del Norte —aquel verano estaba estudiando inglés en Dublín, Irlanda—, y tuve oportunidad de platicar con unas religiosas acerca de la enorme situación de violencia que había entre probritánicos (“protestantes”) y proirlandeses (“católicos”), las cuales me contaron que organizaban vigili­as de oración para alcanzar la paz en Irlanda del Norte. Y años después se logró la paz. Lo simbólico tiene mucha más fuerza de lo que parece: las Madres (y luego Abuelas) de la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, Argentina, clamando contra la dictadura en los ochenta por la devolución de sus hijos y nietos desaparecidos; la marcha de Gandhi a la costa del océano, acompañado por multitudes, para fabricar sal con la finalidad de dejar de comprarla a los británicos; etcétera. Hay que construir hoy, en México, esos espacios simbólicos de denuncia de la violencia y de anuncio de la fraternidad.

Aprender del conflicto de cara al futuro

En un conflicto violento, se cometen errores mayúsculos, de los que posteriormente nos arrepentimos durante años: piensen en el nazi-

7 Recomiendo la película autobiográfica *Belfast*, del director norirlandés Kenneth Branagh.

mo, en las dictaduras latinoamericanas o en las masacres a población civil en tiempo bélico en la II Guerra Mundial o en la de Yugoslavia. Lo único positivo que tiene un período violento es que puede constituir un aprendizaje de cara al futuro, si sabemos aprovecharlo bien, aun cuando no sea tarea fácil. Todo lo demás es negativo.

Dejar que las víctimas configuren nuestro modelo de Iglesia

En la Iglesia, acostumbramos equivocarnos al pensar que primero debemos clarificarnos acerca de quiénes somos y cuál es nuestra misión, y sólo luego actuar en consecuencia. Lejos de ello, lo primero que hay que hacer es servir al necesitado sin planes estratégicos previos, y dejar que esa diaconía configure nuestro ser iglesia. *No es primero el ser y luego el hacer, sino primero el hacer y luego el ser.* La praxis muestra el norte a la teoría, y ésta, en un segundo momento, acompaña a aquélla.

La vida religiosa como fermento profético de la masa social

En el interior de la aportación que la Iglesia puede realizar para humanizar la sociedad tratando de traer “paz con justicia”, los religiosos y religiosas tienen una misión especial. No sé cómo han ido las curvas de crecimiento o decrecimiento de vocaciones en México en estas últimas décadas, pero les puedo decir que en Europa pasamos de unos años repletos de vocaciones en los cuarenta y en los cincuenta del siglo pasado —tras la Guerra Civil española y la II Guerra Mundial— a números discretos en los sesenta y a una sequía insufrible desde los ochenta hasta hoy, lo que da hoy como resultado una pirámide demográfica invertida en las congregaciones religiosas con muy pocos jóvenes y muchos ancianos. Por ello, es frecuente que los religiosos y religiosas de hoy no tengan la misma percepción de sí mismos que la que tenían sus hermanos o hermanas de hace medio siglo: entonces parecían comerse el mundo, y hoy parece que el mundo se los come a ellos. Cuando les proponemos misiones de calado, como ésta de contribuir a la paz con justicia en México, se sienten como los profetas del Antiguo Testamento, que tenían la impresión de que Yahvé se había

equivocado de puerta al llamarlos porque se sentían débiles e inseguros. Pues no, *Yahvé nunca se equivoca de puerta*: llamó hace 2 500 años a la puerta de aquellos hombres, y algunas mujeres, de fe, como creo que llama hoy a la puerta de sus comunidades, religiosos y religiosas de México. Parece que a Dios le gusta confundirnos: las primeras columnas de la Iglesia fueron en su mayoría simples pescadores de Galilea. Dios no nos quiere jóvenes fuertes y guapos, sino abiertos a su amor. Su Espíritu actuará en nuestras vidas, y sabrá poner palabras en nuestras bocas, como hizo con los profetas de antaño.

La vida religiosa tiene hoy un carácter profético

Los profetas no fueron jóvenes líderes que arrastraran a multitudes, sino hombres de Dios, socialmente débiles, pero seguros de la fuerza de su Palabra, que no era suya, sino de quien los había enviado. Su fuerza residía en el Señor, y se manifestaba con palabras y gestos que acabarían resultando inspiradores al pueblo de Israel. Ésa es hoy la misión de la vida religiosa ante la violencia en México. No se espera que de entre los creyentes salgan agudos analistas de la realidad social —puede que algunos lo sean, ¡magnífico!—, ni líderes de movimientos sociales masivos; se espera que aporten palabras iluminadoras y gestos interpeladores desde la debilidad, no desde la fuerza, sabiendo —o al menos esperando— que Dios convertirá su debilidad en fuerza, como convierte nuestro pan y nuestro vino en su cuerpo y sangre en la eucaristía.

Por ello, los creyentes son hoy —como antaño Jesús— *fermento de la levadura* (Mt 13, 33; Lc 13, 20-21). No conviene poner mucho fermento en la levadura —esto es, no es necesario que haya muchas vocaciones ni que la mayoría de los religiosos sean jóvenes—, sino la cantidad adecuada para que ésta se transforme. ¿Cómo saber qué se debe hacer? Yo apuntaría cuatro ideas: 1) mirar lo que está ocurriendo, 2) acercarse a las víctimas, 3) orar, y 4) realizar gestos simbólicos. Como saben ustedes, hace mucho tiempo que la vida religiosa se refugia, de algún modo, en instituciones sólidas, por ejemplo, los colegios. Éstos son, como suele decirse hoy, una *zona de confort* que sabemos controlar: el

colegio es un espacio amplio, con una estructura clara, una función social indiscutida, y en muchos casos una necesaria fuente de ingresos para la Congregación. No creo que haya que dejar los colegios para acercarse a las víctimas, como hicieron en México en los ochenta algunas congregaciones con buena fe, con resultados catastróficos para el nivel de educación de algunos sectores sociales del país, sino que *lo que hay que revisar es el modo en que se educa en esos colegios, tanto a los alumnos como a sus padres*. Y tal vez no toda la congregación deba estar en colegios, o en casas de retiro, o en universidades: tal vez algunos puedan ir a apoyar a las víctimas de la violencia allí donde están para tener con ellas palabras y gestos proféticos.

Recuerden las Madres de la Plaza de Mayo: sólo tenían en su haber el amor a sus hijos, nada más, pero eso bastó para tumbar la dictadura. ¿Qué tienen los alumnos para acabar con la violencia en México, para traer la paz con justicia? A los ojos del mundo, muy poco; a los ojos del Reino, mucho. ¿Qué van a hacer con ello? Repito las cuatro ideas.

Mirar lo que está ocurriendo

Comporta, como he dicho antes, informarse, pero también salir de nuestra zona de confort. Tanto laicos como religiosos tendemos en México a ir de una zona segura a otra para evitar los peligros que podamos encontrarnos en zonas inseguras. Los laicos vamos de nuestra casa a la segunda residencia, al centro comercial, al club deportivo, al restaurante o a la empresa donde trabajamos; y los religiosos, de su comunidad al colegio, a la universidad, al centro donde trabajan o a la casa de retiro. Y, sin embargo, la vida está afuera, esperándonos. Los religiosos, como los laicos, deben saber salir, ir más allá de los márgenes de sus zonas de seguridad, algo a lo que tantas veces nos invita el papa Francisco; salir para ver lo que está ocurriendo ahí fuera.

Acercarse a las víctimas

No sólo esperar a que ellas se acerquen a nosotros. Habitualmente, cuando las víctimas se acercan a nosotros, solemos acogerlas bien,

pero no es frecuente que vayamos adonde ellas están. Hace años me gustaba afirmar que cuando iba al lugar más pobre y marginado del mundo, siempre me encontraba allí a una comunidad de los hermanitos o de las hermanitas de Foucauld. Me pasó varias veces, y era una experiencia muy hermosa. Creo que podríamos ampliar el dicho: *cuando vamos al lugar más pobre y marginado del mundo, allí nos encontramos con una comunidad religiosa, y eso es una maravilla*. Cuando fui a cárceles para apoyar en pastoral penitenciaria, en los noventa, en Barcelona y en París, siempre me encontraba allí con algún religioso o alguna religiosa. Ése es su lugar, su *locus*, el de las víctimas, los apartados del mundo, los enfermos, los pobres, los inmigrantes, los que sufren. El Reino tal vez no espera de ustedes que arreglen los problemas del mundo, pero sí que estén junto a los que los sufren.

Orar

Si algo se espera de los estudiantes religiosos es la oración. En la Alhambra de Granada se puede leer esta inscripción de Francisco de Icaza, dedicada a su esposa, Beatriz de León y Loynaz: “Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada”. Pues yo les digo a ustedes que *no hay en la vida nada más triste que un religioso que no ora*. Es como un pan seco, que ya no sabe a nada y que hasta te produce dolor en la dentadura cuando tratas de comerlo. El religioso que no ora no hace sino transmitir antipatía, fundamentalismo, mal espíritu, ansia de poder, de fama, de éxito, de cualquier cosa, menos del Reino. La historia está llena de ejemplos, y nuestro tiempo presente también tiene unos cuantos. La oración es para la vida religiosa como la lluvia para el campo. No digo que los laicos no debamos orar —¡claro que debemos!—, pero de nosotros se espera sobre todo *acción*, que hagamos funcionar al mundo, y de los religiosos, sobre todo *vida espiritual*, hacernos ver que el mundo tiene sentido. Además, opino que la Iglesia se siente invitada a orar cuando ve religiosos rezando. Es un buen ejemplo que se contagia. Por ello, la oración, que sin duda es privada, personal, comunitaria, también debe tener momentos de apertura en los que cualquiera pueda entrar a saborear ese momento de Reino de Dios, porque la oración es

eso, como un momento dulce de Reino de Dios entre nosotros. Y es importante orar por las víctimas de la violencia y hacerlo también junto con ellas. *Orar por* y *orar con* las víctimas.

Realizar gestos simbólicos

Como mencioné antes, los profetas de Israel, fruto de una honda experiencia de Dios, pronunciaban palabras y hacían gestos. De ellos no se esperaba que fueran reyes ni príncipes, ni ministros de economía o de defensa: de ellos se esperaba palabras y gestos. Yo no digo que el Reino no espere eficiencia de los religiosos, pero sí afirmo que sobre todo espera *palabras y gestos*. Que digan el Reino y que nos lo muestren, aunque sólo sea simbólicamente: eso nos basta. La palabra oportuna y el gesto adecuado tienen una fuerza enorme.

Diálogo final

No quiero concluir este artículo sin recoger aquí algunas ideas interesantes que salieron en el diálogo con religiosos de México.

El acercamiento de los religiosos a las víctimas de la violencia debería caracterizarse más por la *empatía* que por la *simpatía*, sin tampoco excluir ésta. Recordemos que la *simpatía* es la “inclinación afectiva entre personas, generalmente espontánea y mutua”, mientras que la *empatía* es la “capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos”.⁸ Si la *simpatía* es importante en el acercamiento a las personas que sufren, por lo que tiene de proximidad afectiva, aún lo es más la *empatía*, por lo que tiene de *identificación con el que sufre*, idea recogida en el concepto de *com-pasión* y en su correspondiente verbo, *com-padecer*.

Cuando nos acercamos a las víctimas de la violencia, es importante no hacerlo como si fuéramos inmaculados ángeles redentores, sino, muy al contrario, conscientes de que *la violencia también habita en*

8 Diccionario de la Lengua Española, en línea [dle.rae.es].

nuestro corazón. La violencia no sólo está ahí fuera, que lo está, sino también aquí dentro, en nuestro corazón, en nuestras orientaciones de vida. Cada vez que marginamos a alguien por el motivo que sea, estamos sembrando la semilla de lo que algún día será violencia.

No sólo debemos imaginar la actuación de los religiosos contra la violencia en categorías de una personalidad carismática, profética, única, impresionante, algo que no es negativo en sí; al contrario, es muy positivo, pero todavía es mejor el *trabajo en comunidad*, en congregación e incluso intercongregacional, porque el hecho de trabajar juntos es ya un signo del Reino de Dios que está entre nosotros.

Nos desconcierta a veces que la Iglesia clame contra la violencia y que al mismo tiempo la permita en su seno. El caso de la pederastia de sacerdotes y religiosos es el último ejemplo de una larga lista. Por ello, no hay que olvidar que la Iglesia es una *casta meretrix*, una “prostituta casta”, esto es, una comunidad que lleva un magnífico tesoro, el anuncio del Reino, pero formada por seres humanos, no por ángeles, tentados como cualquier otro y con las dificultades psicológicas que cualquier ser humano encuentra en su vida. En este sentido, la crisis de la pederastia ha sido un golpe muy duro para la Iglesia y para su misión. Mucha gente ha perdido la confianza en ella. La pederastia es una patología que puede sufrir cualquier persona, y los religiosos no están exentos de ella, como tampoco están exentos de pasar frío, calor, enfermedad o vértigo. No me parece justo que cuando se descubre la pedofilia de un sacerdote, se proclame a los cuatro vientos en los medios de comunicación, mientras que cuando se trata de otros colectivos, como pueden ser los artistas, cantantes, actores, hippies —más en los setenta del siglo pasado que ahora—, se justifique como si fuera algo comprensible. Eso es una hipocresía mayúscula de los medios de comunicación y de nuestra sociedad en general. Tan grave es la pederastia del sacerdote como la del hippy de los setenta, posteriormente eurodiputado.⁹

9 J. Sols Lucia, *Pensamientos desde mi ermita Polanco*, México, Buena Prensa, 2022, en proceso de edición; concretamente, el capítulo “La crisis de la pederastia”.

En lugar de quedarnos bloqueados con esta crisis tan desagradable, debemos verla como una oportunidad para mejorar nuestro modo de ser Iglesia, nuestro estilo de formación de religiosos, para aprender a hacer frente a situaciones muy críticas, de manera que otros colectivos también puedan aprender a hacerlo.

Nos sorprende en México que un secuestrador se encomiende a la imagen de un santo antes de cometer una atrocidad mayúscula. La religión no es sólo una fe positiva —como pueda serlo la pertenencia a una Iglesia en particular—, sino también una dimensión humana, que no se borra con el pecado. De ahí que el presidente George W. Bush pudiera iniciar con una oración la reunión en la que se iba a decidir el bombardeo de Irak, o que un narco se santigué antes de matar a alguien, o que alguien pueda pensar que la fe cristiana es compatible con el aborto “libre”. Son aberraciones para los que entendemos que la fe en un Dios de amor sólo puede llevar a amar; la fe en un Dios de vida sólo puede llevar a la defensa de la vida, y de una vida digna. Sin embargo, se explican esas prácticas por el hecho de que la religión puede constituir para algunos una cultura, una ideología, pero no una opción de vida, que es lo que debería ser.

En algún momento hemos dicho que *víctima* no sólo es quien sufre la violencia, sino también quien la realiza, así como sus familiares y amigos.¹⁰ Esto es algo que me sorprendió en mis años de juventud, cuando —como ya he comentado— ayudé en pastoral penitenciaria en cárceles de Barcelona y de París. En varias ocasiones, me encontré con reclusos que sentían que su violencia había acabado con su propia vida: no podían ver a sus hijos; sus mujeres los habían abandonado; sus familiares apenas les hablaban; sus amigos se habían esfumado; sus antiguos colegas de trabajo no querían saber nada de ellos. Sentían que, al haber agredido al otro, incluso hasta haber acabado con su vida, habían puesto punto final a la suya propia. *El homicidio es un suicidio porque constituye la muerte de la sociabilidad humana, sin la cual no podemos existir.*

10 J. Sols Lucia, *Violencia y procesos de reconciliación política*, pp. 18-35.